

Nombre de la autora: Irati Avellanal Echezarreta

Curso y nivel: 4º ESO

Centro docente: IES Medirerráneo (Torrevieja)

Volar sobre un campo de violetas

A veces me cuestiono mi nacimiento. Soy la causa de la infelicidad de mi madre. Si yo no existiera, ella gozaría de libertad. Siento la culpa de haberla condenado a un sufrimiento que parece no tener final. Sin embargo, quiero permanecer a su lado, soy incapaz de dejarla ir. Ella me abraza y me besa con fuerza. Me expresa su cariño con el te quiero más tierno que jamás haya oído, y, suavemente, me sumerjo *en un bonito sueño en el que volamos libres sobre un campo de violetas*.

De pronto, un portazo; un grito; una bofetada; un empujón. Mi sueño se desvanece y despierto en mi propia pesadilla, comienza mi *encierro*.

Desde mi habitación soy consciente de los actos violentos que mi padre ejerce contra mi madre. Oigo los insultos y las humillaciones, los golpes y los empujones, los lloros y los lamentos. Intento salir de mi cuarto y ayudarla, pero, una vez más, la puerta está cerrada con llave, así que decido patear y gritar. Grito hasta quedarme sin voz y, como siempre, mis chillidos no son escuchados. Vuelvo al punto de inicio, comienzo a sentir cansancio e impotencia, sólo deseo escapar y ser feliz con ella. Mi madre es un rayo luz, todos los días me cuenta nuevos relatos de hadas, piratas, princesas y ogros; yo, sin embargo, prefiero oír sobre su propia historia y escribirla en mi diario. De esta forma, jamás será olvidada.

Con cada uno de sus cuentos me enseña una moraleja distinta. Para ella, la más importante es no caer en el odio. Todos los días me recuerda el peligro de este sentimiento y la manera de cómo debo evitarlo. Por desgracia, yo no soy capaz de frenarlo y, día tras día, siento más odio. Odio las palizas que dejan a mi madre muerta en vida. Odio que se maquille para camuflar golpes. Odio las noches en las que duermo con ella para que no tenga pesadillas. Odio las mañanas en las que le cuesta respirar. Odio la música que le hace

llorar en vez de bailar. Odio que piense que yo no me doy cuenta. Y, odio contemplar el brillo de mi madre con menor intensidad.

En el fondo, creo que todo mi odio es causado por el miedo que siento al pensar que algún día, después de una paliza, ella no vuelva a despertar. Mi padre me dice que si cuento algo de lo que ocurre en casa, él la matará. No sé si es egoísmo o amor, pero prefiero sufrir en vida que ver morir a mi madre. Ella me protege y me da cariño; me arropa y me quiere; me despierta y me alimenta; me consuela y me calienta. Ella me ama, ella es mi madre.

Un día, todo cambia. Una paliza de muerte por parte de mi padre, amenaza la vida de mi madre. Me doy cuenta de que la puerta de mi habitación no está cerrada con llave, por lo que decido correr hasta el salón y enfrentarme a mi mayor monstruo. Me dirijo hacia mi padre y comienzo a zarandearle lo más fuerte que mi diminuto cuerpo de niño me permite. En ese momento, me agarra fuertemente del cuello; durante unos segundos me cuesta respirar. De repente, me tira contra la pared. Mi frente comienza a sangrar. Antes de que pueda darme cuenta, mi padre me acorrala y me coloca sobre el sofá. Empiezo a sentir sus golpes sobre mi espalda y mi cabeza. Entonces, escucho el llanto desesperado que escapa por la garganta de mi madre y los débiles gritos de pánico que su lamentable estado de maltrato le permite realizar. Apenas es capaz de levantarse para colocarse de rodillas y rogar por mi vida. Sus ojos sangran de dolor y su corazón bombea desesperación. Asegura acatar y obedecer, someterse a lo que él pida. Mi padre se acerca hacia mi madre y le vuelve a tirar al suelo. Se agacha y se apoya sobre sus talones para susurrarle algo al oído. Después de ello, se levanta y lo contempla fijamente, mientras que mi madre baja la cabeza y centra su mirada en el frío suelo de madera. Tras unos minutos de terror, mi padre se dirige a la puerta y cierra de un portazo.

El dolor de los golpes comienza a manifestarse en mi cuerpo en el momento en el que mi padre sale por la puerta. Tengo la espalda llena de moratones y un malestar general que hace retumbar todos mis pensamientos. Mi madre se acerca y se sienta junto a mí. Me tumbo sobre su regazo y me concentro en el calor que desprende. Las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos color almendra y se mezclan con la sangre de las heridas. Se levanta con suavidad, se dirige a la cocina y coge un botiquín para curarme. Cuidadosamente, vuelve a colocar mi cabeza sobre su vientre y comienza a curarme mientras tararea de la forma más tierna "*Hijo de la luna*".

Acostado sobre su regazo, consigo oír su dulce promesa en la que asegura que viviremos un final feliz como el de los cuentos que me narra. Por alguna razón, mi rostro traza una delicada sonrisa de paz mientras unas sirenas de emergencias comienzan a sonar cerca de nuestro hogar. Poco a poco me voy durmiendo y, suavemente, vuelvo a sumergirme en el *bonito sueño en el que volamos libres sobre un campo de violetas.*